

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Madrid al paso**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Enero 2007

Elige lo que quieres ser | junio, 2006

La decisión de estudiar Arquitectura realmente no fue mía, desde pequeño todos en la familia decían “este niño que dibuja tan bien será arquitecto” y la verdad es que nunca me planteé estudiar otra cosa.

En los años 50 el ingreso en Arquitectura era realmente duro; había que aprobar dos cursos de ciencias exactas y superar un examen de dibujo en el que aprobaban cada año 60 de los 2000 que intentábamos entrar en la Escuela, poco después quitaron el ingreso y ahora entrar depende de la nota de selectividad.

Una vez dentro, la Escuela era un lugar agradable (éramos unos 300 alumnos entre todos los cursos) con poca presión y con un buen espíritu de grupo (las promociones de aquellas épocas seguimos reuniéndonos de vez en cuando); se aprendía, como ahora, bastante más trabajando que en las clases. Enfrentarse al reto de concebir un edificio era, y sigue siendo casi 50 años después apasionante.

Durante la carrera era relativamente fácil trabajar en estudios, yo tuve la fortuna de hacerlo un tiempo con Sáez de Oiza, ahora la presión dentro de la Escuela es mayor y el número de estudiantes (más de 4.000) hace más difícil trabajar durante la carrera pero no obstante es una buena práctica bastante extendida. Pocas profesiones pueden ofrecer la satisfacción de ver crecer algo que uno ha ideado, sólo o formando parte de un equipo (como es cada vez más habitual).

Hay otras salidas tales como restaurar y conservar edificios, entrar al servicio de alguna Administración, generalmente controlando los proyectos de edificios o los planes urbanísticos, trabajar en una empresa constructora, desarrollar aspectos parciales de proyectos para otros o realizar informes y peritajes, en todas ellas se está muy cerca de la realidad y se contribuye al bienestar social; el compromiso esencial del arquitecto es con aquellos que van a habitar la ciudad o usar sus edificios; lo que a veces es causa de conflicto con sus clientes directos.

La manera habitual de incorporarse al ejercicio profesional es trabajar durante un tiempo en estudios ya establecidos para completar la formación; algunos consiguen acortar su tiempo de dependencia a través de los concursos entre arquitectos que son una práctica poco comprendida por otros profesionales que no acaban de entender la manía de los arquitectos de trabajar intensamente, generalmente por las noches, con una reducida probabilidad de conseguir un encargo.

Trabajar en arquitectura es algo que compensa en si mismo con independencia del resultado económico y ello explica que en estudios sobre jóvenes licenciados universitarios, en los arquitectos coinciden estadísticamente el mayor nivel de satisfacción con el nivel más bajo de ingresos y seguridad de empleo.

Madrid al paso | enero, 2007

La imagen más nítida en mi memoria en relación con “Madrid Diario de la Tarde” es la de la voladura del edificio, como culminación de un proceso que comenzó con un cierre administrativo, coletazo de un régimen que empezaba a ser moribundo.

La bella imagen de la “voladura controlada” (por cierto fue de las primeras demoliciones en que se aplicó esta técnica en Madrid), no figura, como es natural, en el archivo del periódico que había ya, desgraciadamente, pasado de cronista de noticias a protagonista de actualidad.

Antes de su desaparición, “Madrid” era “el diario que se podía leer” en un panorama poco atractivo en el que los diarios de la mañana eran: “ABC”, “YA” y “Arriba” y los de la tarde: “Madrid”, “Informaciones” y “Pueblo”, además de la “Hoja del Lunes” que cubría el hueco dejado por el entonces, obligado descanso dominical.

De manera menos espectacular, todos ellos, a excepción de “ABC” fueron desapareciendo en los remolinos de la transición. Cabe pensar que “Madrid” era el que estaba, en cuanto a contenidos, en mejores condiciones para sobrevivir, aunque “la tarde” resultó ser letal para todos los que compartían ese nicho.

No recuerdo con exactitud cuándo desaparecieron los otros diarios de la tarde, pero de la peripecia del cierre del Diario Madrid, conservo lo que me parece un vivo recuerdo, aunque cabe que esté deformado por sucesivos “refrescos de la memoria” en función de la relevancia que adquirió por la evolución de acontecimientos posteriores, difícilmente previsibles en aquel momento (no sólo es mucho más fácil predecir el pasado que el futuro, sino que los recuerdos son involuntariamente teñidos, resaltados o borrados por lo que pasa después).

Según mi memoria, un editorial de Rafael Calvo Serer (extraño personaje del Opus Dei, facción liberal, a quien no conocí personalmente hasta años más tarde); que aprovechaba la caída De Gaulle para hacerse ciertas preguntas sobre el futuro de Franco, formuladas de la manera críptica habitual de la

época, que tanto placer proporcionaba a los que escribían en clave y a los que disfrutábamos interpretando lo que aparentemente había escapado al renqueante aparato represor, que cabe suponer también disfrutaría lo suyo; al leerlo (aunque pudiera ser que la sensación la haya añadido después), uno pensaba que aquello tendría consecuencias, y efectivamente las tuvo: me quedé sin mi diario de la tarde, asfixiado económicamente por una situación consecuencia del cierre y de una complicada trama accionarial de la que ya no tengo clara memoria (no debió valerles de mucho el cheque que les hice llegar, por importe de unas trescientas pesetas correspondientes a los diarios de un mes, para demostrar una solidaridad, que no llevé al extremo de hacer posteriores aportaciones económicas).

Será una barbaridad decirlo, pero fue la primera vez que tuve la sensación inequívoca de que lo injusto del régimen, que planeaba sobre nuestras conciencias (los de mi clase social) de una forma más bien abstracta, tenía una consecuencia concreta que me afectaba directamente; aunque obviamente la pérdida de “mi periódico” no tuviera comparación posible con la que sufrieron Antonio Fontán, los periodistas y trabajadores del “Madrid”, por no hablar de las otras cosas que les pasaban a incontables personas.

Ahora, con motivo de una exposición de fotografías sacadas del archivo del Diario, me hacen el honor de pedirme unas líneas que me dan la ocasión, acompañando a plumas mejores que la mía, de reflexionar sobre unas imágenes de hace más de treinta y cinco años.

Entre las miles de fotografías del archivo se han seleccionado unas doscientas en las que puede verse : el Madrid ya entonces siempre en obras, algunas anteriores a mi llegada a Madrid, como el último tramo de la Castellana en medio del campo, otras que he vivido como los núcleos desnudos de las Torres de Colón; los burros y carros en las calles, los antiguos mercados en funcionamiento, niños jugando en la calzada, la gente colgada de los tranvías, viviendo mucho más en la calle, bañándose en el Manzanares dentro de la ciudad y más arriba en la “Playa de Madrid”...

Cada una de las fotografías fue en su día ilustración de una noticia y probablemente, los lectores no vimos en ellas nada más que lo que había de nuevo, distinto o sorprendente; vistas de nuevo con el paso de los años y en ausencia de las claves de la “noticia”, en la mayor parte de ellas lo novedoso se ha evaporado completamente y lo que queda es el testimonio de la época, que era realmente la mayor parte de la información contenida en las imágenes.

Tendemos a ver sólo lo que destaca del fondo. En el momento en que fueron publicadas las imágenes, tal vez la noticia era que hacía un calor inusual y la gente bañándose en el río podía ser una buena ilustración de ello ahora, lo relevante, es que entonces la gente se bañaba en el río, cómo eran, cómo iban vestidos, qué aspecto tenían, cómo eran las márgenes del río etc. Lo que fue pie de un acontecimiento concreto ya olvidado, ha pasado a ser testimonio de una época.

Prácticamente ninguna de las fotos permite vislumbrar cual fue la “noticia”. Las excepciones son escasas y se refieren a algunos personajes (la mitad de los que en su día fueron noticia me son desconocidos), obviamente Ramón Gómez de la Serna, Pío Baroja, Hemingway, Bahamontes coronando el Tourmalet y algunos más siguen viviendo en mi recuerdo, aunque sería curioso comprobar cuántos significan algo para los nacidos en los treinta y cinco años transcurridos desde el cierre del periódico.

De mamotretos y chirimbolos · AV |2007

Para empezar, una precisión semántica: observo con pesar, que llaman “chirimbolos” a los enormes artefactos que han invadido Madrid bajo la égida de Ruiz Gallardón. Protesto con la autoridad que me da el haber bautizado a los chirimbolos originales de Álvarez del Manzano (la verdad es que la cosa no cuajó hasta el tercer o cuarto intento).

Chirimbolo, según el María Moliner significa “cosa de forma generalmente algo complicada que no se sabe cómo nombrar”.

El término como se ve, se ajusta como un guante a los artefactos que dispersó por la ciudad Álvarez del Manzano, pero no es en absoluto adecuado para la brutal secuela que ha invadido Madrid cuya principal cualidad, no ciertamente positiva, no es la forma complicada, sino el tamaño.

Después de una profunda meditación y numerosas consultas, he llegado a la conclusión de que la palabra adecuada para los artefactos de Gallardón es “mamotretos” cuya segunda acepción (la primera es libro grande) es “objeto demasiado grande o pesado para el servicio que presta”.

Una vez cumplido el necesario rito del bautismo y sabiendo cómo se llaman, procede acercarse a los mamotretos y tratar de describirlos. Son grandes,